

PRIMERA PARTE

La Fase



1



Buuuum.

Aparte del ruido y del miedo a sufrir daños personales, lo más terrorífico de una explosión es la fracción de segundo en la que el mundo se rompe. Es como si el tejido del tiempo y el espacio se abriera por la mitad y cayeras por la grieta sin saber lo que te espera al otro lado.

Cuando el coronel Bismarck recuperó el conocimiento, estaba tendido en el suelo de mármol. Durante un momento fue incapaz de moverse, como si su propio cuerpo se lo prohibiera. Como si su propio cuerpo supiese mejor que él lo que tenía que hacer.

Aunque reinaba un silencio absoluto, al coronel ni siquiera le extrañó. No tuvo sensación de alarma ni de urgencia. Levantó la mirada hacia el techo destrozado en el que los blancos pedazos de yeso se balanceaban suavemente. Su movimiento lo cautivó, adelante y atrás, adelante y atrás, como si estuvieran a merced de la brisa. Aún lo hechizó más el espectáculo cuando uno de los trozos se desprendió, cayendo a cámara lenta hacia el suelo que lo rodeaba.

Comenzó a recuperar la audición.

Distinguió un repiqueteo que le recordó a un pájaro carpintero.

—*Vater*—dijo, recordando las excursiones de caza que había hecho con su padre en las selvas de Nueva Germa-

nia. A veces duraban hasta una semana; dormían en una tienda de campaña y cobraban juntos las piezas.

Era un recuerdo reconfortante. Caído en medio de los escombros, el coronel suspiró como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Volvió a oír el repiqueteo, aún en la lejanía. No lo asoció con disparos de armas automáticas.

Entonces otra explosión sacudió el edificio Royal Mint. El coronel cerró los ojos ante el repentino fogonazo, cuyo fulgor era tan brillante como el sol de su mundo en el centro de la Tierra.

La onda expansiva le pasó brutalmente por encima, robándole el aire de los pulmones.

—*Was ist...?* —balbuceó el coronel, todavía en el suelo, mientras el cristal pulverizado cruzaba la habitación como granizo y se estrellaba tintineando a su alrededor, sobre el mármol pulido.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que algo andaba mal. Todo empezó a llenarse de un humo negro y asfixiante, incluso su cerebro parecía lleno de aquel humo.

—*Wie komme ich hierher?* —se preguntó, esforzándose por comprender.

No tenía ni idea de cómo había llegado allí. El último recuerdo con claridad suficiente para fiarse de él consistía en haber caído en una emboscada en Nueva Germania. Recordaba haber sido capturado por los styx, pero después de aquello (lo cual le parecía extraño) sólo recordaba una luz morada. No, luces moradas, muchas luces, brillando con tanta intensidad que incluso le nublaban la memoria.

Se acordaba vagamente del largo viaje a la corteza exterior, y luego de poco más, hasta que se vio en un camión con un pelotón de soldados suyos, soldados neogermanos. Los habían llevado a un edificio grande, una fábrica. Y en relación con aquella fábrica, y todavía en el primer térmi-

no de sus recuerdos, había algo, algo que había necesitado hacer. Una misión de importancia tan vital que posponía todas las demás consideraciones, incluso su propia supervivencia.

Pero en aquel preciso momento era incapaz de decir en qué consistía aquella misión. Y no pudo dedicar más tiempo a pensar en ello porque una ráfaga de metrallera que sonó muy cerca lo impulsó a entrar en acción. Se incorporó hasta quedar sentado, contrayendo los músculos de la cara para contrarrestar el agudo dolor de cabeza que sentía en el punto en que había chocado contra el suelo. Tosiendo y jadeando a causa del acre humo que le entró en la garganta, supo que su prioridad era ponerse a cubierto.

Se arrastró hasta una puerta donde el humo era menos denso y comprobó que comunicaba con un despacho de techos altos y con un escritorio en cuya superficie había un jarrón con flores. Cruzó el umbral, cerró la puerta de una patada y se apoyó en ella mientras se hacía un repaso físico. Tenía el pelo apelmazado con la sangre de una herida de la nuca, pero no sabía si era grave o no; la piel que la rodeaba estaba entumecida y sabía por experiencia que las heridas en la cabeza siempre sangraban profusamente. Se pasó las manos por el resto del cuerpo y no encontró más heridas. No vestía uniforme, sino una chaqueta y ropas de paisano que no reconoció. Pero al menos llevaba puesto el cinturón militar, y la pistola seguía en su funda. La sacó, sopesándola en la mano. Era algo que conocía. Esperó, atento a los ruidos del otro lado de la puerta.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Momentos después oyó voces inglesas y un crujir de botas que pisaban los escombros del pasillo en el que había estado. Alguien abrió la puerta cargando contra ella con el hombro e irrumpió de golpe. El hombre iba vestido de negro, con la palabra POLICÍA estampada en el pecho. Llevaba máscara antigás

y casco, y además empuñaba un arma automática que el coronel no había visto nunca.

El coronel pilló por sorpresa al policía y le rodeó el cuello con el brazo, dejándolo inconsciente. Mientras la radio del hombre zumbaba, el coronel le quitó rápidamente el uniforme y se lo puso. Al acoplarse la máscara antigás se dio cuenta de que seguía sangrando de la herida de la cabeza, pero ahora no podía ocuparse de eso.

Inspeccionó el fusil de asalto y comprobó que era bastante sencillo. Luego salió de la habitación y dio un par de pasos en medio del humo, dándose de bruces con otro policía vestido con el mismo equipo de asalto. Cuando sus miradas se encontraron a través del cristal de las máscaras, el otro le hizo una seña con la mano, pero el coronel no sabía cómo tenía que responder. En los ojos del otro hombre se dibujó un interrogante. Pensando que había descubierto su disfraz, el coronel comenzó a levantar el fusil de asalto H&K.

Lo salvó otra explosión que sacudió el pasillo y lo arrojó al suelo. Medio aturdido, el coronel se levantó como pudo y corrió dando bandazos hacia la entrada principal, donde las puertas colgaban precariamente de las rotas bisagras. Al dar un traspie estuvo a punto de perder el equilibrio y salió tambaleándose a la acera que rodeaba el edificio.

Se detuvo en seco.

Ante sí tenía un cordón de hombres armados... demasiados para reducirlos a todos. Estaban parapetados detrás de vehículos reventados y de escudos antidisturbios, con los puntos rojos de las miras láser fijos en él.

No estaba preparado para lo que ocurrió a continuación. Con la cabeza dándole vueltas y los sentidos embotados, no supo reaccionar cuando le arrancaron el fusil de las manos. Dos agentes lo levantaron por los aires y se lo llevaron en volandas en un abrir y cerrar de ojos.

—Todo va bien, compañero, no te preocupes. Te vamos a ayudar —le dijo con simpatía el hombre que tenía a la izquierda. El otro policía dijo algo, pero el coronel no lo entendió.

Los escoltas le quitaron el casco y la máscara antigás.

—No eres de los nuestros —comentó el policía al ver la cara ensangrentada del coronel.

—Debe de ser del Equipo E, un campesino —añadió el otro. Pero el coronel no escuchaba. A menos de siete metros había un cadáver tirado en la calzada, rodeado por varios policías que reían y bromeaban mientras uno lo golpeaba con la puntera del zapato. El coronel reconoció al muerto de inmediato. Era un neogermano de su propio regimiento. Conocía bien al soldado, y a su mujer... habían tenido una hija hacía poco. El coronel trató de librarse de los dos policías que lo sujetaban, pero lo tomaron por un ataque de furia.

—Tranquilo. En menos de una hora tendremos a los demás en bolsas de plástico y etiquetados —prometió el más alto de los dos policías dando un gruñido—. Sean quienes sean esos bastardos, ya hemos cogido a cuatro.

Mientras el coronel seguía intentando liberarse, el otro policía habló con voz entrecortada, como si estuviera a punto de explotar de cólera:

—Tómatalo con calma, compañero. Deja que nosotros terminemos el trabajo.

El coronel gruñó un «sí» al darse cuenta de que tenía que seguirles la corriente si no quería que lo tomaran por uno de los responsables. Dejó que los dos policías lo ayudaran a llegar al extremo de Threadneedle Street y a una travesía en la que había ambulancias.

—Ocupese de él, ¿quiere? Le ha pillado la última explosión —ordenó a un enfermero uno de los policías. Lo dejaron allí y volvieron a toda prisa al Banco de Inglaterra.

Dentro de la ambulancia, el enfermero comenzó a reconocer al coronel.

—Bonito bigote —le dijo. Por la forma en que le temblaban las manos, estaba claro que el enfermero no había visto nunca una acción como aquella. Limpió la herida de la cabeza del coronel y estaba ultimando el vendaje de urgencia cuando se oyeron gritos en el extremo de la calle. Llegaban camillas con más heridos. El enfermero fue en su ayuda, dando al coronel la oportunidad que había estado buscando. Aunque todavía estaba algo mareado, bajó por la parte de atrás de la ambulancia y se alejó.

Con tanto personal de uniforme en la zona (policías y personal militar) nadie reparó en el coronel. Avanzando en todo momento por calles laterales, no se detuvo hasta que se fijó en la entrada trasera de uno de los grandes edificios de oficinas. Las puertas estaban abiertas y pudo ver dentro una rampa que conducía a un aparcamiento subterráneo. Se dirigió allí y fue probando coches en busca de uno que no estuviera cerrado con llave. Entonces apareció un hombre vestido con traje de rayas. El hombre se dirigió en línea recta a un todoterreno de gran tamaño; en el momento en que dejaba dos maletas en el interior, el coronel lo dejó sin sentido de un golpe. Se quitó la guerrera de policía, se puso la chaqueta del hombre, subió al coche y cerró la puerta.

Aunque hasta entonces sólo había conducido coches con el volante a la izquierda, no tuvo problemas para subir la rampa y recorrer las calles. Mientras se unía a una hilera de coches que esperaban para salir de los disturbios de la City, rebuscó en los bolsillos de la chaqueta. Encontró una cartera, sacó las tarjetas de crédito, las desplegó en el asiento del copiloto y las inspeccionó. Acto seguido sacó un carné de conducir en el que constaba la que sin duda sería la dirección del hombre y se puso a mirar los rótulos

y nombres de las calles que tenía al alcance de los ojos. No sabía cómo iba a encontrar la casa del hombre, pero podía tomarse su tiempo dado que no lo acechaba ningún peligro inminente.

Pulsó un botón de la consola que tenía al lado del asiento y en una pequeña pantalla del salpicadero apareció el emblema azul y blanco de la casa BMW. Sonrió. Unos cuantos clicks más y estaría orientándose con el sistema GPS. Tecleó la clave que había en el reverso del carné de conducir. Cuando una autoritaria voz femenina comenzó a recitar direcciones, el coronel asintió con la cabeza, permitiéndose esbozar una sonrisa aún más amplia.

—*Bayerische Motoren Werke* —murmuró, acariciando con deleite la lujosa piel que forraba el volante—. *Ausgezeichnet*. —El coronel conocía bien aquella marca porque su padre había pilotado aviones fabricados por la empresa durante la Gran Guerra.

Algunos aspectos de este mundo exterior que el coronel veía por primera vez le resultaban tan familiares que podía casi fingir que se encontraba todavía en Nueva Alemania. Pero había otros aspectos a los que le costaría acostumbrarse. Por ejemplo, la gravedad era tan fuerte que cada movimiento suponía un esfuerzo, como si tuviera los miembros de plomo.

Y el sol...

Miró a través del oscurecido parabrisas, fascinado por el ardiente globo que colgaba del cielo, más pequeño y débil que el que había conocido toda su vida, siempre encendido y omnipresente. Ni siquiera en aquel instante lo tenía directamente encima y para él era toda una novedad que se ocultara tras el horizonte, originando así la noche, la *oscuridad*.

Y la gente que circulaba por las calles. Gente de todas las razas. Miró a un anciano de raza negra que tropezó y

cayó al suelo. Una mujer blanca se acercó inmediatamente para ayudarlo.

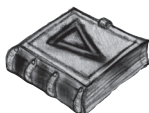
Nueva Germania había sido unirracial, no por libre elección, sino a causa de sus orígenes, y el coronel Bismarck conocía demasiado bien las atrocidades que se habían cometido en Alemania durante la guerra. Mientras observaba el heterogéneo río de personas que salían de la City, sonrió. Realmente se encontraba en una civilización progresista.

Continúe trescientos metros hacia la rotonda de Old Street, luego doble por la segunda salida, recitó mecánicamente el GPS.

Aunque los styx lo hubieran arrancado de su patria y arrojado a aquel mundo nuevo y extraño, no pensaba tirar la toalla. Era un hombre de recursos, un superviviente.

Y además tenía una cuenta pendiente.

2



—¡Maldita sea! —murmuró una voz en la pegajosa oscuridad de la cabaña de la finca de Parry. Si hubiera habido alguien allí para ver la rapidez con que el hombre se acercó a la ventana surcada de telarañas, no habría dado crédito a sus ojos. Cuando apartó la andrajosa cortina, la luz que se filtraba entre la lluvia cayó sobre su rostro: era el rostro de un sesentón.

Pero no era un rostro normal; su piel estaba ligeramente levantada, formando círculos concéntricos alrededor de los ojos. Y había una red de arrugas en su frente que le llegaba a las sienes y debajo de las orejas. Era como si unos gusanos se hubieran arrastrado por su carne y dejado huellas a su paso.

—¿Quién centellas anda ahí? —preguntó el hombre, haciendo una mueca mientras se apretaba con fuerza las orejeras de la gorra. El movimiento despertó crujidos en el forro metálico de la prenda. Repitiendo la pregunta, se apartó lentamente de la ventana.

—¡Detente! —exclamó Chester mientras Will corría a toda velocidad hacia la cancilla que había en el camino que tenían delante.

Will consultó su reloj digital, sin darse cuenta de la molestia que el inocuo aparato electrónico le estaba causando al hombre de la oscuridad.

—¿Por qué? Sólo llevamos corriendo unos treinta mi-

nutos —dijo a Chester. En aquel momento vio a través de los árboles el techo cubierto de musgo de la cabaña, pero no le dijo nada a su amigo.

—¿Media hora? —comentó Chester con un bufido, parpadeando al caerle el sudor sobre los ojos.

—Pues sí. ¿Por qué no comprobamos adónde conduce esto? —preguntó Will, mirando la senda—. ¿O es que ya has tenido bastante? Podemos dejarlo para otro día y volver a casa —sugirió.

—Ni hablar. Conmigo no cuentas —respondió Chester medio indignado. Señaló el rótulo de la puerta—. Ahí pone PELIGRO - NO PASAR.

—¿Peligro? ¿Cuándo nos ha detenido algo así? —inquirió Will, saltando la cancilla. Chester lo siguió a regañadientes.

—Estoy recuperando el aliento —mintió.

Ganando velocidad mientras arreciaba la lluvia, Will lo desafió:

—Muy bien, pues corre hacia ese bosque.

Chester se esforzó por alcanzar a su amigo bajo el aguacero.

—Creía que esto era una carrera —gruñó.

Drake había estado fuera cerca de un mes y, en su ausencia, Parry había ejercitado a los muchachos, haciéndolos correr y enseñándoles a utilizar las pesas en su anticuado gimnasio del sótano. Las ideas de Parry sobre el entrenamiento físico se remontaban a los años que había pasado en el ejército, de modo que los adiestraba con dureza, pero los muchachos no se quejaban porque no se habrían atrevido a llevar la contraria al viejo, y porque así mataban el tiempo mientras se escondían de los styx.

Resbalando en el barro, siguieron por el camino hasta que Chester dijo jadeando:

—Tiempo muerto. Las condiciones metereológicas impiden seguir con el ejercicio.

Se refugiaron bajo un viejo olmo cuyas ramas los protegieron hasta cierto punto de la lluvia.

—Con esta pinta parecemos dos presidiarios que se han fugado. —Will se echó a reír al mirar los uniformes gris oscuro que Parry les había proporcionado.

—Tienes toda la razón —dijo Chester—. Y estas zapatillas de tenis parecen de la Edad de Piedra. —Dio una patada en el suelo para quitarse el barro de las pesadas zapatillas negras y levantó los ojos hacia las hojas de los árboles, que empezaban a adquirir los primeros síntomas del otoño—. Qué raro. Durante todo el tiempo que estuve bajo tierra, no tenía ni la menor idea de dónde estaba. Y ahora que vuelvo a encontrarme en la Superficie, sigo estando en la oscuridad.

—Bueno... —repuso Will—. Parece que por aquí llueve más de lo normal... quizá porque el viento llega saltando sobre los ríos, o surcando el mar. —Se limpió la humedad de la cara con la manga—. Sí, creo que estamos cerca de la costa. Podría ser Gales o Escocia.

Chester estaba impresionado.

—¿De veras? ¿Puedes asegurarlo?

—No —admitió Will, riendo de nuevo.

—Menudo cateto estás hecho —sentenció Chester.

—Quizá, pero un cateto más rápido que tú —respondió Will, echando a correr otra vez.

—Eso lo veremos —gritó Chester a sus espaldas. Iba pisándole los talones cuando tomaron una curva del embarrado camino y se dieron de manos a boca con un hombre que empuñaba una escopeta.

—Buenas tardes —saludó el hombre mientras Will se detenía bruscamente y Chester chocaba con él. El hombre llevaba la escopeta abierta y colgada del antebrazo, que es

como hay que llevar una escopeta cuando no se utiliza, así que ninguno de los chicos se asustó. A sus ojos, el hombre parecía un anciano, con aquella piel quemada por el sol y el ralo cabello casi tan blanco como el de Will.

—Vosotros debéis de ser los invitados del comandante —señaló el hombre. Se refería al padre de Drake, y Will cayó en la cuenta de que el hombre debía de ser el Viejo Wilkie, el encargado de la finca.

Will asintió lentamente con la cabeza, no muy seguro de cómo había que responder.

—Y usted debe de ser... bueno... el señor Wilkie, ¿no?

—Ése soy, pero por favor llámame Viejo Wilkie. Todo el mundo me llama así —sugirió el hombre—. Y ésta es mi nieta, Stephanie.

—Steph —lo corrigió una voz femenina y ante ellos apareció una chica. Tendría entre quince y dieciséis años, era pelirroja y tenía el cutis pálido y sembrado de pecas. Miró a los dos muchachos de arriba abajo con cierto desdén, pero no dijo nada más, afianzando en el brazo las matas de guisantes que llevaba, como si le resultaran más interesantes que ellos.

El Viejo Wilkie miraba a la chica con orgullo.

—Stephanie ha venido a pasar el fin de semana conmigo. Va a la escuela de Benenden, para que lo sepáis. El comandante es un auténtico caballero... siempre se hace cargo de los gastos de la escuela...

—¡Abuelo! —exclamó Stephanie con voz cortante, girando sobre sus delgadas piernas y alejándose a zancadas.

El Viejo Wilkie se inclinó hacia los muchachos con aire cómplice.

—Ahora es una adolescente que dice que la vida en el campo es aburrida, y sólo quiere estar en Londres, de tiendas y viendo a sus amigos. No siempre ha sido así... le encantaba estar aquí cuando era pequeña. En todo caso,

según parece, Londres y el sur están tan revueltos que es mejor que ella esté aquí hasta que todo estalle...

Ya invisible para todos, Stephanie gritó:

—Abuelo, ¿vienes o qué?

El Viejo Wilkie se enderezó.

—¿Os vais a quedar mucho tiempo con el comandante, vosotros y el resto del grupo?

Will y Chester se miraron. Drake les había advertido concretamente que no dieran al hombre ninguna información sobre sí mismos.

—Aún no estamos seguros —respondió Will.

—Bien. Si de verdad queréis entrenaros, al estilo guerrillero, seguro que os interesará el Camino del Árbol —sugirió el Viejo Wilkie.

—¿Qué es eso? —preguntó Will.

—Empieza ahí —contestó el Viejo, señalando una escalera con armazón de metal que habían construido alrededor de un inmenso pino. Luego señaló con el dedo las ramas de arriba, donde los chicos pudieron ver algo entre los árboles.

—Es una ruta de asalto que construí para el regreso del comandante. El Décimo de Paracaidistas de Aldershot me copió la idea, pero la mía es mejor y más grande. La conservo en buen estado, aunque el comandante no la ha utilizado en años. —El Viejo Wilkie sonrió a los chicos—. Stephanie la recorre como el rayo. Deberíais desafiarla, a ver si sois capaces de vencerla.

—Suena divertido —opinó Will.

—Sí, deberíamos probar —dijo Chester, no muy convencido, mientras recorría con la mirada la pista de metal que zigzagueaba entre las copas de los árboles.

—Bien, caballeros, será mejor que me vaya. Espero que nos encontremos de nuevo —repuso el Viejo Wilkie, poniéndose a silbar mientras seguía los pasos de Stephanie.

—Ahí arriba no me sacarás ventaja —afirmó Chester, sonriendo—. A menos que Steph quiera una carrera. Es muy simpática, ¿verdad? —Frunció los labios mientras reflexionaba—. He de decir que no me fío mucho de las pelirrojas después de lo que me hizo Martha, pero estoy dispuesto a hacer una excepción.

Había puesto cara soñadora.

—¿Te gusta más que Elliott? —lo pinchó Will.

—Yo... bueno... —Chester, abochornado, se atascó.

Will miraba sorprendido a su amigo. No creía que fuera a tomarse en serio el comentario.

—Bueno, no es que veamos mucho a Elliott últimamente, ¿verdad? —añadió Chester con las mejillas rojas como un tomate—. Siempre está metida en su habitación, tomando baños interminables y haciéndose la manicura y todas esas tonterías propias de las chicas.

Will asintió con la cabeza.

—Me dijo que le dolía mucho la espalda... que los hombros no dejaban de dolerle.

—Pues quizá sea eso, que no se encuentra muy bien —aventuró Chester—. Pero ya no es como antes. Es como si se hubiera ablandado.

—Cierto —convino Will—. Desde que estamos aquí ha cambiado mucho. Estoy muy preocupado por ella.

Mientras la lluvia seguía cayendo y recorrían el último kilómetro y medio que había hasta su casa, se les unieron *Bartleby* y *Colly*, los dos corpulentos Cazadores.

—Tenemos escolta felina —comentó Chester, echándose a reír cuando los dos gatos los flanquearon. Con la cabeza erguida, los felinos trotaban con soltura dando largas zancadas, como si quisieran darles a entender que aquel ritmo no era nada para ellos. Por toda respuesta, Will y

Chester aceleraron el paso, pero los Cazadores hicieron lo mismo.

—Nunca los derrotaremos —dijo Will, ya sin resuello, cuando los cuatro llegaron a la casa. Subieron a toda prisa los escalones que conducían a la entrada principal y cruzaron la puerta del vestíbulo. Parry apareció en seguida.

—Fuera zapatos, chicos, eh... —les ordenó, viendo que ya habían dejado un rastro de barro en el suelo de mármol blanquinegro—. Y mirad a esos dos animales sarnosos. —Señaló a los gatos, que tenían el pellejo salpicado de barro—. Están merendándose a todos los urogallos de la finca. Pronto no quedará ni uno de esos benditos pájaros —añadió Parry con resentimiento. El curtido anciano, con las greñas despeinadas y la barba enmarañada, llevaba un delantal de cocina sobre sus pantalones de mezclilla y un manojo de papeles en la mano, un listado de algo—. Habéis estado fuera más de lo que esperaba —comentó, mirando el reloj de péndulo.

Los muchachos guardaron silencio, preguntándose si debían hablarle del encuentro con el Viejo Wilkie y su nieta. No dijeron nada y Parry volvió a tomar la palabra:

—Bueno, me alegra que os toméis en serio el entrenamiento. Espero que ahora os apetezca comer algo.

Tanto Will como Chester asintieron con vehemencia.

—Me lo imaginaba. He dejado algo de sopa en el hornillo y hay una rebanada de pan recién hecho para acompañarla. Siento que no haya más, pero de momento estoy bastante ocupado. Hay un asunto en marcha.

Parry abrió la puerta de su estudio y entró a toda prisa. Pero antes de que la puerta se cerrara, los chicos pudieron echar un vistazo al interior.

—¿Era tu padre el que estaba dentro? —preguntó Will. Antes de que se cerrara la puerta, los chicos habían visto al

señor Rawls al lado de un armatoste que parecía una impresora muy antigua a juzgar por el ruido que hacía.

—Sí, yo también lo he visto. Creía que el estudio estaba prohibido para todos —respondió Chester. Se encogió de hombros y se agachó para desatarse las zapatillas—. Ahora que lo pienso, no he visto mucho a papá últimamente... ¿Es posible que haya estado ahí dentro todo este tiempo?

—¿Qué habrá querido decir Parry? ¿Crees que es otro truco de «ya sabes quién»? —preguntó Will.

Habían pasado varios meses desde el ataque al distrito financiero de la City de Londres y las explosiones del West End, y desde entonces parecía que los styx habían cesado en su ofensiva contra los Seres de la Superficie.

—Si pasara algo, lo dirían en las noticias. Sirvámonos la sopa y nos la tomaremos delante de la tele —sugirió Chester.

—Parece un buen plan —apostilló Will.



Debido a las precauciones de seguridad, había largas colas para entrar a ver la representación especial de *La Bohème* en el Palais Garnier, en el IX Distrito de París. Se había establecido un dispositivo de seguridad extraordinario porque el presidente francés y su señora iban a asistir aquella noche.

Mientras los gendarmes de la entrada registraban con escáneres de mano a todos los miembros del público antes de dejarlos pasar al vestíbulo, una mujer esperaba pacientemente en la cola.

—*Bonsoir, Madame* —saludó un gendarme cuando le llegó el turno. La mujer le dio su bolso para que lo inspeccionara.

—*Bonsoir* —respondió ella mientras otro policía le pasaba el escáner de la cabeza a los pies, por delante y por detrás.

—*Anglaise* —comentó el gendarme con indiferencia mientras comprobaba que la entrada fuera válida—. Espero que disfrute de la guepresentación.

—Gracias —respondió Jenny, y el gendarme le indicó por señas que podía pasar.

Mientras buscaba su asiento, avanzaba como si se estuviera moviendo entre un humo espeso y no pudiera ver el suelo bajo sus pies. Finalmente encontró su sitio y se sentó en silencio, esperando que se levantara el telón.

La mujer, Jenny Grainger, había pasado sin problemas la prueba del escáner y las demás medidas de seguridad en Saint Pancras International antes de subir al Eurostar de París. Y tampoco hizo nada que despertara sospechas durante el resto del viaje, aunque tenía el rostro demacrado y ligeramente amarillento, y la mayor parte del tiempo parecía mirar al frente sin parpadear siquiera. Pero si alguien le hubiera prestado atención, lo más probable es que hubiera supuesto que estaba agotada.

Una vez en el Palais Garnier, mientras todo el mundo se ponía en pie al entrar el presidente francés y su atractiva esposa, Jenny se puso a jugar con el bolso. Las luces se apagaron y se levantó el telón.

En la butaca de al lado, el vecino de Jenny se molestó porque Jenny seguía toqueteando su bolso y susurraba frenéticamente. Cuando el hombre la miró con más atención, vio que parecía tener algún problema. Se había puesto la mano en el abdomen y apretaba con fuerza. Como era médico, le pareció natural preguntarle si necesitaba ayuda. Pero cuando le habló, la joven no respondió y sus susurros subieron de volumen.

De repente, Jenny se puso en pie. Molestando a todos

los de la fila, se abrió camino a toda prisa hacia el pasillo central. Pero en lugar de doblar a la derecha, en dirección a la salida, soltó el bolso de mano y echó a correr hacia el escenario. Hacia el presidente francés.

No llegó a su lado, pero la explosión mató a casi veinte miembros del público.

Varios testigos declararon que un segundo después de soltar el bolso se produjo una fuerte explosión, acompañada de un relámpago de luz cegadora. Pero mientras unos pensaban que la joven había tropezado con la alfombra, otros juraban que la había interceptado un miembro del personal del presidente. Esto último no pudo comprobarse porque el hombre en cuestión había muerto en el acto. Fuera lo que fuese lo que la había detenido, Jenny no consiguió su objetivo y el presidente y la primera dama fueron sacados a toda prisa del teatro por sus agentes de seguridad.

Aunque según los archivos de la policía Jenny no tenía filiación terrorista conocida ni intereses políticos, aparte de haber sido miembro de las Juventudes Conservadoras, era innegable que había conseguido colar un artefacto dentro del teatro. Pero esto entraba en conflicto con todas las pruebas forenses y las grabaciones de las cámaras de seguridad, que señalaban algo extremadamente raro.

Al parecer, la explosión había brotado del cuerpo de la mujer, y el detallado trabajo analítico apoyaba esta hipótesis, porque gran parte de su masa corporal había desaparecido de la escena de la explosión.

Rápidamente se formuló la hipótesis de que a Jenny le habían quitado órganos internos para poner en su lugar un explosivo consistente en dos agentes químicos que, al mezclarse, se convertían en un arma potentísima.

Esta londinense, un ama de casa normal y corriente que de todas formas habría muerto al cabo de pocos días a cau-

sa de las horribles mutilaciones sufridas, había sido una bomba ambulante.



Mientras volvía a su casa después del trabajo, el hombre salió de la estación de metro y dobló a la derecha por Camden High Street. Con sus gafas y su pulcra apariencia, parecía observar con atención los dispares grupos de la zona.

En el curso del último decenio, el mercado de Camden Lock se había convertido en un punto de encuentro habitual entre los adolescentes vestidos de negro que curioseaban en las tiendas de ropa y en los mercados fijos. Pero en medio de ellos, incluso a aquella hora de la tarde, había aún un puñado de turistas a la espera de aprovechar la última travesía en barco por Little Venice o para ver cómo funcionaban las esclusas del canal.

Con su sobrio traje, el hombre casi desentonaba entre las botas de brillantes colores, los cinturones de piel con grandes hebillas de latón, las calaveras risueñas y los cartuchos cruzados que se exponían en los escaparates.

Se detuvo repentinamente ante el puente que cruzaba el canal, luego se apartó del bordillo de la acera para dejar pasar una falange de turistas australianos. Sacó el teléfono móvil del bolsillo y pareció hablar por él, riendo entre dientes.

—¿A eso lo llamas disfraz? —dijo—. Eres demasiado viejo para vestirte de gótico.

A unos pasos de distancia, en un entrante sombreado entre dos edificios, Drake también reía.

—Es posible, pero deberías saber que ahora se llaman emos. En todo caso, sigo siendo un gran admirador de The Cure —repuso.

Drake se adentró más en las sombras, pegándose con-

tra el muro victoriano de ladrillo. Iba embutido en una guerrera y unos pantalones del ejército que le quedaban grandes, y calzaba unas Doc Martens. Pero no era eso lo que el hombre había encontrado tan divertido; Drake se había afeitado completamente la cabeza y se había dejado bigote y perilla. Como colofón, se había puesto unas gafas de sol redondas con cristales de espejo.

—Supuse que te pondrías en contacto —dijo el hombre, recuperando la seriedad—. He seguido la pista de los tres especímenes de Dominion que depositamos...

—Pues han desaparecido de los bancos de organismos patógenos —le interrumpió Drake—. Y tampoco ha quedado el menor rastro de ellos en las bases de datos.

—¿Cómo dices? —preguntó el hombre—. ¿Cómo lo sabes? —Empezó a volverse hacia donde estaba Drake.

—¡No! —advirtió Drake—. Podrían estar mirando.

El hombre se volvió de nuevo hacia la calle, asintiendo con la cabeza, como si estuviera de acuerdo con la persona que se encontraba al otro lado de la conexión telefónica.

—Y por eso necesito urgentemente tu ayuda —continuó Drake—. Te necesito, Charlie, mi inmunólogo favorito, para que me prepares más vacuna contra el Dominion, luego ya se me ocurrirá alguna forma de distribuirla. Y también hay otra cosa a la que quiero que le echés un vistazo.

—¿Tu inmunólogo favorito? —repitió Charlie en son de burla—. Apuesto a que soy el único inmunólogo al que puedes llamar, y desde luego el único lo bastante estúpido para arriesgar la vida por ti. —Respiró hondo y preguntó:— ¿Y cómo vamos a hacerlo esta vez?

—Cuando llegues a casa, encontrarás un paquete escondido detrás de tu cubo de basura; he dejado unas muestras de sangre en él y también algunos virus que cogí de la Colonia. —Drake dejó de hablar cuando pasó una mujer por la acera, junto a Charlie, y luego continuó—:

Contiene una cepa muy peligrosa, mortal, así que ten cuidado al manejarla.

—Tratamos todos los agente patógenos como si fueran el de la Peste Negra —apuntó Charlie.

—Eso está asombrosamente cerca de la verdad —susurró Drake con voz sombría—. Bien, será mejor que no te quedes más tiempo por aquí. Pasaré por tu casa dentro de unos días.

—De acuerdo —dijo Charlie, apretando la tecla que supuestamente ponía punto final a la inexistente comunicación telefónica, antes de continuar su camino. Al poco rato apareció Drake, detrás de dos roqueros algo carrozas que arrastraban los pies calzados con zapatos de gamuza y ostentaban un abundante tupé teñido de un negro negro más negro. Anduvo detrás de ellos hasta que se dirigieron a la boca de metro de Camden, junto a la que se detuvo de repente un reguero de furgonetas de la policía.

Los empleados del metro, que estaban echando a la gente a empujones, acabaron cerrando las puertas enrejadas de la entrada. Más de una docena de policías con el equipo antidisturbios al completo habían bajado de sus vehículos a toda prisa y se habían parado en seco, con aire de perplejidad, como si no supieran qué estaban haciendo allí. Uno daba golpecitos con la porra en el escudo cuando dijeron por megafonía que la estación de metro se había cerrado para poder investigar un paquete sospechoso.

Drake se mezcló entre la multitud reunida alrededor de la boca de la estación y escuchó los airados comentarios de los usuarios. Esta clase de sucesos se había convertido en algo cada vez más común en Londres después de la primera oleada de ataques de los styx o, para ser más precisos, de los neogermanos sometidos a la Luz Oscura.

Durante los meses posteriores a las explosiones producidas en la City y el West End, el país, ya por entonces en

una precaria situación económica, había entrado en una creciente y deprimente recesión. El asesinato del presidente del Banco de Inglaterra había indignado a la población. Y aunque los ataques terroristas perpetrados por elementos no identificados parecían haber cesado, la inquietud general continuaba. La población había pedido un cambio de gobierno y se habían celebrado elecciones anticipadas. El parlamento mixto que salió de las urnas condujo a una solución de compromiso para compartir el poder y a un clima de indecisión y confusión en el que los conflictos laborales eran la tónica dominante.

Condiciones ideales para los styx mientras seguían adelante con sus planes. Como Drake sabía muy bien.

—Vamos, vamos, circulen —ordenó un policía a la multitud—. La estación está cerrada. Tendrán que buscar otros medios de transporte.

—¿Qué quiere decir? —preguntó uno de los roqueros—. ¿Se refiere al autobús? ¿Acaso ha olvidado que esta semana están otra vez en huelga?

Como la multitud reunida empezó a gritar dándole la razón al roquero y envalentonándose, Drake decidió que lo mejor era salir de allí antes de que la situación se desmandara. Se alejó fingiendo absoluta indiferencia. Después de los atentados en la City, era un hombre buscado: los styx se habían asegurado de que fuera así. Y aunque confiaba en que su disfraz le ayudaría a pasar las inspecciones superficiales y rutinarias, la policía podía ponerse a practicar detenciones aleatorias para dispersar a la multitud, y él no quería tentar a la suerte. No cuando tenía tanto que hacer.



A la mañana siguiente, Chester se despertó más pronto de lo normal, a causa de un calambre en la pierna.

—Me he pasado —gimió para sí, masajeándose la pantorrilla y recordando lo lejos que Will y él habían llegado corriendo el día anterior. De repente, dejó de tocarse el rígido músculo y se quedó mirando al frente—. Son dolores del crecimiento —dijo, recordando lo que decía su madre cuando las piernas doloridas le hacían gritar de dolor en medio de la noche. La señora Rawls solía acudir corriendo a su habitación y sentarse a su lado en la cama, hablándole con su voz suave hasta que el dolor desaparecía. Nunca parecía totalmente catastrófico si ella estaba allí, y ahora no tenía ni idea de dónde estaba, ni siquiera sabía si seguía viva. Intentó no pensar en lo que los styx podían haberle hecho, porque imaginar era mucho peor que cualquier dolor físico. Aún albergaba la esperanza de que estuviera sana y salva, escondida en alguna parte.

Una vez vestido, salió de su cuarto y recorrió el pasillo dando largas zancadas, como esforzándose por relajar los músculos de las piernas. Llamó dos veces a la puerta de Will, para que su amigo supiera que ya estaba levantado, pero no esperó respuesta. En la planta baja no había señales de que se hubiera levantado nadie y, como de costumbre, la puerta del estudio de Parry estaba cerrada. Chester se detuvo allí un momento; por una vez, la impresora estaba en silencio y no se oía ningún ruido procedente del interior. Luego abrió la puerta del salón y entró.

El ambiente estaba caldeado por el fuego de la chimenea, enfrente de la cual, sentada con las piernas cruzadas sobre una manta de viaje escocesa, estaba la señora Burrows.

Tenía los ojos cerrados y el rostro sin expresión, y aunque fue inevitable que oyera entrar a Chester, no pareció darse por enterada. El chico no supo qué hacer: ¿debía anunciarse, arriesgándose a molestarla, o debía salir de la habitación sin decir ni pío?

Dio un respingo al oír un golpe detrás de él. Era Will, que había bajado de un salto los últimos peldaños.

—Te has levantado temprano —comentó a Chester en voz alta—. Apuesto a que tú...

Enmudeció al ver que Chester se llevaba un dedo a los labios y luego señalaba a la señora Burrows.

—No pasa nada —aclaró Will—. Está meditando. Lo hace todas las mañanas.

—¿Puede oírnos? —preguntó Chester entre susurros. Will se encogió de hombros.

—Creo que sí, aunque puede quedarse en trance, si así lo desea.

La señora Burrows seguía con los ojos cerrados y tan inmóvil que ni siquiera parecía respirar, pero de súbito abrió la boca, por la que expulsó una ráfaga de aire helado o algo que se le parecía mucho. La nubecilla de vaho flotó ante su inexpresivo rostro durante un momento, a pesar de la elevada temperatura de la habitación.

—¿Cómo lo ha hecho? —murmuró Chester.

—Ni pajolera idea —respondió Will con aire ausente, más preocupado por los ruidosos gorgoteos de su estómago. Miró al pasillo por encima del hombro—. No huele a comida en la cocina. Me muero de hambre. Mataría por una de las fritangas de Parry.

Chester negó con la cabeza arrugando el entrecejo.

—Creo que la suerte nos ha abandonado en ese terreno. Está demasiado ocupado para cocinar. Decididamente, está pasando algo.

—Según los noticiarios, no —replicó Will. La noche anterior habían mirado en todos los canales de televisión sin enterarse de nada. Señaló la pizarra que había en un rincón del salón—. Puede que tampoco hoy tengamos *clase de guerrilla*.

Además de animar a los chicos a estar en forma, Parry

había hecho todo lo posible para mantener activo su cerebro dándoles clase todas las mañanas. A este fin anotaba lo que sabía, así que de un modo rayano en lo grotesco les enseñaba a leer mapas, operaciones militares y tácticas de combate.

—Cuellos de botella y radios de fuego cruzados —recitó Chester, recordando lo que Parry les había explicado sobre la teoría de la emboscada.

—Mi clase favorita era la de técnicas de dirección del combate. —Will sonrió—. Bueno, eso no nos lo enseñaban en la escuela, allá en Highfield.

Chester se quedó pensativo un momento.

—La de clases que nos habremos perdido este año —añadió Will—. Parece una eternidad. Apenas recuerdo nada de entonces... salvo lo de aparcar aquella caca de coche que tenía. Aún me sorprende que Parry nos confiara su querido Land Rover. Creí en serio que iba a volcar cuando bajaba por aquellas cuestas.

Chester volvió al presente riendo por lo bajo.

—Sí, no le hizo mucha gracia que me dejara el espejo retrovisor enganchado en un árbol, ¿verdad?

—No especialmente —intervino Parry desde la puerta. Chester pareció achicarse mientras el hombre continuaba—: Me temo que esta mañana tendréis que cuidaros solos, muchachos. He estado levantado toda la noche, examinando la situación.

—¿Así que se trata de los styx? —preguntó Will.

—Eso parece. Si estoy en lo cierto, acaban de pasar a la segunda fase de su ofensiva.— Parry frunció el entrecejo—. Sigo sin poder imaginar por qué ha habido un paréntesis de dos meses desde que pusieran la City patas arriba con aquellos ataques frontales.

—¿Y este último asunto es muy serio? —preguntó Will.

Parry asintió con la cabeza.

—Y condenadamente inteligente.

Los chicos se miraron, esperando que Parry se explicara, pero éste miraba fijamente al fuego. Parecía agotado y se apoyaba en el bastón con las dos manos.

—¿Está Drake metido en el ajo? —inquirió finalmente Will, esperando conseguir algo más de información.

—No, ha pasado a la clandestinidad.

—¿A la clandestinidad? —preguntó Will.

—Está trabajando solo, probablemente en Londres. Le he dejado mensajes pidiéndole que vuelva, si es que se digna escucharlos —respondió Parry, dándoles la espalda.

—¿Y mi padre... te está ayudando ahora? —se interesó Chester con algún titubeo.

—Ya os diré algo después... cuando sepa más —murmuró Parry, dirigiéndose a su estudio.